



La maledicencia

Luis Coloma

Venenum aspidum sub labiis eorum.

Veneno de áspides hay en sus labios.

(Ps. 13, v. 3).

I

Tan sólo los mugidos del mar y los ronquidos del Duque turbaban, en el salón azul de la villa ducal, el silencio de aquella apacible noche de verano. Revolvíase aquél en su lecho de arenas, salpicando a veces de blanca espuma la gran verja de bronce, que aprisionaba la deliciosa villa, como los mimbres de una cesta a un ramo de flores: roncaba el Duque inmóvil en su poltrona de muelles, ante un lindo velador de porcelana con pie de bronce, que sostenía cartas y periódicos llegados aquella noche. Los mugidos del mar revelaban la cólera de una tempestad pasada; los ronquidos del Duque la calma de una digestión bien hecha; y aquellas dos manifestaciones de la naturaleza agitada, y de la humanidad en calma, llegaban a oídos de la Duquesa, sin conseguir apartar su atención de la obra que traía entre manos.

Asomaban, por mitones de seda calada que le subían hasta el codo, sus afilados dedos, moviendo sin cesar cuatro agujas de acero, telar en que iba formando, con finísimo estambre rojo, un pequeño objeto que a cada paso estiraba y contemplaba, con esa sonrisa especial, que presta a la fisonomía de la mujer los rasgos característicos de la abuela; porque era en efecto aquel pequeño objeto, que con tanto amor trabajaba la Duquesa, el primer calcetín que había de calzarse el último de sus nietos.

Hallábase sentada frente por frente del Duque, junto a una gran puerta que daba salida al jardín, a la sazón de par en par abierta, para dar entrada a la fresca brisa del mar, que las flores del jardín embalsamaban. Había cenado el Duque a las ocho, según tenía por costumbre en los meses de verano, que pasaba en su deliciosa villa, a orillas del

Cantábrico, y habíase el buen señor excedido en la cena, algo más de lo que a sus sesenta y ocho años y a su constitución apoplética convenía. Mirábalo de cuando en cuando la Duquesa entre inquieta e impaciente, hasta que, al oír un ronquido tres puntos más alto que los anteriores, exclamó, golpeando con el pie el pavimento de roble encerado:

-¡Juanito! ¡Juanito!...-¡Que no son todavía las diez y luego te desvelas!...

Juanito se agitó en su poltrona, abrió pesadamente los ojos, y sonriéndose con esa expresión de bienestar congestivo, propio de los viejos gordos, cuando cabecean el sueño, prosiguió el suyo tranquilamente:

-¡Eso es! -añadió la Duquesa con redoblada impaciencia. ¡Unos huevecitos primero, y un aloncito después, y una pechuguita luego, y la ternera más tarde, y una apoplejía de postre!...

Y esforzando la voz, e hiriendo de nuevo con el pie el pavimento, gritó:

¡Juanito!... -¡Que de cenas y penas están las sepulturas llenas!

El Duque tornó a sonreírse primero y a roncar después, sin darse por entendido, y la Duquesa prosiguió su tarea encogiéndose de hombros, moviendo sus agujas de acero, estirando su calcetín, y participando ya del inocente gozo que esperaba a su nieto, al ver calzadas de rojo sus piernecillas; privilegio exclusivo hasta entonces de los cardenales y las perdices.

De repente vino a interrumpir sus reflexiones de abuela una diminuta piedrecita, que, lanzada suavemente desde el jardín, fue a rodar a sus pies sobre el pavimento. La Duquesa levantó vivamente la cabeza, y fijó su mirada en el hueco de la puerta abierta: mas sólo pudo distinguir las oscuras tinieblas de la noche, cortadas diagonalmente de quicio a quicio, por el foco de luz que del salón se escapaba. Miró entonces al techo, para ver si alguna partícula de sus molduras se había desprendido, y no descubriendo nada, prosiguió en silencio su tarea.

Algunos momentos después, otra segunda piedrecita, lanzada con más acierto, vino a pegarle primero en los dedos, y a caer después entre los pliegues de su falda. La Duquesa volvió a levantar la cabeza sorprendida, y vio entonces, en el mismo triángulo de luz, que avanzaba fuera de la puerta, y oculta por lo tanto a la vista del Duque, la figura de una mujer con el traje de las caseras vascongadas. La señora dio un brinco en la linda marquesita de cretona que le servía de asiento, y exclamó asustada:

-¡Jesús!

Sobresaltose a este grito la casera, y llevándose un dedo a los labios, con gesto de grande angustia, desapareció en la sombra, haciendo señas a la Duquesa de que en el jardín la esperaba. Mientras tanto frotose el Duque los ojos, y con su calma de costumbre, dijo entre dos bostezos:

-¿Qué es eso?... -¿qué pasa?

-¡Que... que... que me he pinchado el dedo con esta pícara aguja! -respondió la Duquesa, arrojando con fingida cólera los calcetines del nieto. Y al ver que el Duque se incorporaba, mirando maquinalmente hacia el jardín, púsose con disimulo delante de la puerta.

-¡Válgame Dios! -decía, chupándose el dedo. ¡Si me ha llegado hasta el hueso!...

El Duque estiró las piernas, cruzó las manos sobre su abultado abdomen, y, volviendo a cerrar los ojos, dijo reposadamente:

-Que avisen a la parroquia y traigan los santos Óleos.

-¡Sí!... como a ti no te duele...

-¿Que no me duele, Clarita?... Te digo, como Madame de Sevigné a su amiga: Me he dado un pinchazo en su dedo de V...

La Duquesa hizo un gesto de irónico agradecimiento, y replicó:

-Pues voy a ponerme en el acto un poco de tafetán inglés, no se te encone la herida.
-¡Bien hecho, hija mía!... Picome una pulga y ateme una sábana... Nelatón debía de venir a operarte.

Y al decir esto el Duque, bostezó en tres tiempos, fijando de nuevo en el jardín sus soñolientos ojos. La Duquesa, que ya se dirigía a la puerta, volvió a ponerse delante, diciendo vivamente, sin dejar de chuparse el dedo:

-Pues lo que es a quejumbroso, nadie te gana... Por un sinapismillo que te pusieron el otro día, se oían los gritos en la punta del Machichaco.

-¡Echa!... Andaluza merecías ser, si no fueras vascongada.

-¡Pues claro está!

-Pues está oscuro... Un sinapismo es una herida civil, de que le es permitido a un veterano quejarse... No me sucede lo mismo con las recibidas en el campo de batalla. El Duque había sido Guardia de Corps del señor Rey don Fernando VII, y recordaba, con cierta fruición belicosa, haber olido la pólvora de los castillos de fuego, que por aquel entonces se quemaban en las fiestas reales.

-¡Ya! -replicó burlonamente la Duquesa, mirando hacia el jardín con disimulo. Sería la de aquel cohete que te chamuscó la casaca en la jura de la Reina... No recuerdo que hayas recibido otra herida.

¿La casaca?... y también me chamuscó el pelo, hija mía... Y al infante D. Francisco, que estaba a mi lado, a poco más le salta un ojo.

-Mira, Juanito -replicó la Duquesa, cortando la conversación, al convencerse de que no se descubrían desde allí ni rastros de la casera. Si fueras rey, no habrían de llamarte Juan el Batallador, sino Juan el Pacífico.

Y volviéndole la espalda sin más ceremonia, salió de la estancia, discurriendo el misterio que podría encerrar la aparición de aquella casera, que al ocultarse en la sombra le parecía haber conocido.

-No me queda duda -murmuraba-; es Pachica, la casera de Azcoeta.

Atravesó entonces varios pasillos con toda la ligereza que le permitían sus cincuenta años, y salió al jardín por una puerta excusada, en busca de Pachica. No tardó mucho en encontrarla; una sombra se destacó en silencio de un bosquecillo de lilas, y agarrando bruscamente a la Duquesa por las manos, dijo en vascuence, con voz baja y angustiada:

-¡Se muere, señora... se muere!

-¿Quién? -exclamó sobresaltada la Duquesa.

La casera rechinó los dientes, dejando escapar exclamaciones comprimidas, que tenían algo de sollozos y mucho de rugidos, y arrastró hacia el interior del jardín a la gran señora, que llena de ansiedad y de zozobra le preguntaba:

-¿Pero, qué pasa, Pachica?... ¡habla, hija mía!...

Mientras tanto habíase despabilado el Duque, y buscaba en los periódicos del día las noticias de la guerra civil, que asolaba a la sazón aquellas hermosas y nobles provincias. La cosa iba de veras: aquellas informes partidas de pobres caseros que, al grito de Dios, Patria y Rey, habían enarbolado en Guipúzcoa la bandera de Carlos VII, íbanse trocando poco a poco en aguerridos batallones, que mantenían a raya y aun hacían retroceder a los soldados de la República; y este fenómeno, que el Duque tenía ante sus ojos en las provincias vascongadas, comenzaba a efectuarse también, según testimonio de aquellos periódicos, en Cataluña, Navarra, Aragón, Castilla y aun en la misma Andalucía.

Estas noticias espantaron el sueño al Sr. Duque, llevándole a los límites que podían tener en él la alarma y la impaciencia; rascose la nariz, y murmuró por lo bajo:

-¡Cáspita!... ¡Cáspita!

Posible era que los carlistas dieran al traste con el gobierno de la intrusa República, y esto le llenaba de júbilo: posible era también que impidiesen la bien planteada restauración de D. Alfonso XII, y esto le hacía torcer el gesto: y posible era, y aun probable, que aquellos batallones nacientes forzasen la línea republicana, que desde las ventanas de su palacio distinguía él en las cumbres de Talayamendi; que llegasen hasta aquel salón mismo, le impusiesen contribuciones, le dieran un susto, le interrumpieran una digestión... y ante el peligro de ver destruido el equilibrio de sus jugos gástricos, el pacífico señor volvía a rascarse las narices, y con inusitada energía exclamaba:

-¡Cáspita!... ¡caspitina!... ¡cáspita!

En este momento entró la Duquesa; venía pálida, haciendo heroicos esfuerzos para disimular el temblor nervioso que la agitaba de pies a cabeza, y por una previsión verdaderamente femenil, traía puesto en el índice de la mano derecha, en que había fingido el pinchazo, un dedil cortado a un guante de cabritilla. Dejose caer en un pequeño diván, compañero de la marquesita que antes ocupaba, y reclinando la cabeza en un almohadón, dijo, con el fin de encontrar eco en su ilustre esposo:

-¡Me estoy cayendo de sueño!...

Pero el señor Duque, que había dormido hasta entonces como una marmota, o sea mus alpinus, según la llama Plinio, no parecía dispuesto a dejarse contagiar con el sueño que su mujer quería infundirle, y contestó, sin soltar el periódico:

-Señal de que no es grave la herida.

-Por ahora no me quedaré manca -dijo la Duquesa, haciendo jugar las articulaciones de su dedo enfundado, mientras con el rabillo del ojo observaba con angustia que, absorto el Duque en su lectura, no llevaba trazas de levantar el campo.

Siguiose entonces un gran rato de silencio, en que el Duque no quitaba los ojos del periódico, ni la Duquesa los apartaba de un magnífico péndulo, que dejaba oír ese acompasado tric-trac, medida del tiempo, tan rápido para el que goza, tan lento para el que sufre, tan terrible para el que piensa que a su monótono compás se va acercando la muerte. Por dos veces abrió la boca como para decir algo, y por dos veces volvió a cerrarla, con esa indecisión del prudente, que nunca se apresura a hablar, sin haber pesado y medido lo que quiere decir. Incorporose al cabo un poco en el diván, y dijo con naturalidad perfectamente fingida:

-Dime, Juanito... -¿No fue el hijo de Pachica la de Azcoeta el asistente que se fue con Dieguito?...

El Duque dejó el periódico, arrugándolo contra la mesa y contestó todo lo incomodado que su índole de pasta de almendra le permitía:

-¡No me hables de carlistas, Clarita..., que ni oírlos nombrar quiero!... Ridículo es que esté trabajando yo con todas mis fuerzas por la restauración de D. Alfonso, y sea al mismo tiempo el padrino y el encubridor de todos esos señores de boina, tan sólo porque mi señora la Duquesa no ha digerido todavía las sopas carlistas con que hace cincuenta años la destetaron.

-Pero hombre, si yo no te pido nada...

-¡Pues por si acaso!... -Tu sobrino Dieguito y el mastuerzo de su asistente, son dos buenas piezas... ¡Pasarse a los carlistas a los treinta y dos años, y siendo coronel de artillería!

-Pues no, que iría a esperar a los sesenta...

-¡A los ochenta que lo hubiera hecho sería siempre un disparate!... El día en que se puso la boina fue para mí el de su muerte, y así se lo dije en Biarritz a él y a la bobalicona de su mujer... Dieguito -le dije-, para mí has muerto... Toda la parte de los Quiñones, te la dejo en mi testamento... -¡Porque eso sí!... ¡caballero es como ninguno!- Aquí tienes

veinte mil reales por si se ocurre algún apuro, y en Burdeos letra abierta a mi nombre...

¡Si necesitas algo, escribe: pero acuérdate que para tu tío ya no existes!...

El Duque lanzó a la señora una mirada de Agamenón satisfecho, y prosiguió con todo el énfasis de un borrego indignado:

-Y cuando yo creí que mi señor sobrino caería a mis pies confundido, el muy... carlista, se me echa a reír en mis barbas, y se me abraza al cuello, haciéndome arrumacos...

¡Vamos! si cada vez que me acuerdo se me sulfura la sangre... ¡Porque lo que más rabia me daba era, que mientras él se estaba riendo, yo estaba llorando!...

La Duquesa no pudo menos de reírse también de los alardes de severidad de su marido, y dando sin duda por sondeado lo que deseaba sondear, dijo, tomando un libro con tapas de terciopelo y broches de plata.

-Bien: no hablemos más de carlistas... y déjame leer en paz mi capítulo del Kempis.

El Duque clavó los ojos en su mujer, con aquella mirada con que Júpiter estremecía el Olimpo y tumbaba de espalda a los dioses, y replicó severamente:

-Si hay alguno que trate de que la consecuencia política debe de estar por encima del amor a sobrinos locos, te vendrá de molde.

-Por esta noche -contestó con calma la Duquesa abriendo el libro-, voy a leer este: -

«Que los viejos gordos y prudentes, deben cenar poco y acostarse temprano...»-

¿Quieres que te lo lea de recio?...

II

El reloj de la parroquia dio las doce, anunciando a pobres y ricos que tenían un día menos de vida, y se hallaban, por lo tanto, veinte y cuatro horas más cerca de ese otro día eterno, que no tiene ayer que llorar, ni mañana que temer.

Entonces entró la Duquesa en su alcoba, libre al fin de las impertinencias del Duque, y despidió en el acto a su doncella, sin querer aceptar sus servicios. Al verse sola aparecieron en su semblante sin trabas de ningún género, la aflicción y la zozobra que había reprimido hasta entonces. Abrió precipitadamente un gran ropero de caoba, cuya puerta la formaba la luna de un magnífico espejo, y sacó varias camisas de finísimo hilo, y algunas otras ropas de tela propia para hilas y vendajes; hizo con ellas un gran paquete, colocando en el centro varios botecitos de árnica y bálsamos y un pequeño estuche de cirugía, y liolo todo en un gran pañuelo de seda. Envolvióse después ella misma en un largo abrigo oscuro, que era al mismo tiempo impermeable, y cubrióse la cabeza y parte del rostro con una toquilla negra de finísimas mallas de lana. Entonces cogió el paquete, y salió cautelosamente de la estancia, dejando la luz apagada y cerrada la puerta.

El silencio y la oscuridad reinaban ya en toda la casa: la señora se deslizaba a lo largo de los corredores, andando de puntillas, con el cuerpo inclinado hacia delante, extendida la mano que el paquete le dejaba libre, y deteniéndose a cada paso para escuchar si algún rumor lejano le advertía el peligro de ser descubierta. Sus ojos ansiosamente abiertos veían esas mil luces extrañas que aparecen en la oscuridad; oía esos vagos ruidos que acompañan más bien que turban el silencio de la noche, y se le presentaban delante esos caprichosos fantasmas que brotan en la imaginación a la nerviosa influencia del miedo.

Llegó al fin al piso bajo, destinado sólo a recibimiento, y menos temerosa de ser sorprendida, comenzó a caminar con más desembarazo. A tientas buscó un gran arcón antiguo de madera ricamente tallado, que ocupaba un ángulo del vestíbulo, y corriendo

por él la mano, dio con una puertecita, que abrió silenciosamente. Allí estaba el oratorio: una lámpara de china formada por un tulipán rojo, ardía ante una imagen de la Virgen de la Soledad, que ocupaba el altar: las bellas manos de la imagen sostenían un rico pañuelo de encajes, que había sido el de boda de la Duquesa, y pendía también de ellas un rosario tosco, pero ricamente engarzado; veneranda reliquia en aquella familia, por haber pertenecido a una ilustre antepasada, que llamaban la Duquesa Santa, muerta en olor de santidad en las Carmelitas Descalzas. La Duquesa se arrojó, más bien que se arrodilló, en un reclinatorio de ébano con cojines de terciopelo, y ocultando el rostro entre sus manos convulsamente cruzadas, oró breve rato. Encendió después cuatro grandes hachones colocados sobre el altar en macizos candeleros de plata, y fijando en la Virgen una mirada, en que se leían a la vez la angustia y la esperanza, desprendió de sus manos el precioso rosario, y se lo echó al cuello, ocultándolo entre los pliegues de su abrigo. Después salió del oratorio, dejando aquellas luces encendidas, como imagen viva de sus ruegos a la Santa Madre de Dios.

Ya no temblaba: con paso firme salió al jardín, y llegó hasta una puertecita excusada, abierta en la misma verja, donde, acurrucada contra el quicio, la esperaba Pachica. Las dos mujeres se dirigieron al monte, dando un rodeo por las afueras del pueblo. Pachica comenzó a narrar en vascuence una larga historia, que interrumpía a menudo con gestos violentos y sordas exclamaciones. La Duquesa la escuchaba atentamente, con la cabeza baja, sin dejar de andar, haciéndole a veces preguntas cortadas, en aquel mismo idioma que en su niñez había aprendido, siguiendo la costumbre de las familias nobles vascongadas, que tan laudable empeño ponen en familiarizar a sus hijos con ese extraño idioma, problema de los eruditos, baluarte el más fuerte de las sencillas costumbres de aquella tierra, elogio el más grande de los nobles vascos, que nunca han mancillado su lengua, dando en ella carta de naturaleza a palabra alguna de significación impura.

La noche estaba fresca y serena: a la derecha se extendía el mar, cuya fosforescencia brillaba a veces en la oscuridad, como enormes gusanos de luz que se irguiesen en las crestas de las olas. A la izquierda se levantaba el monte de Santa Bárbara, cortando bruscamente el oscuro azul del cielo, en que brillaban las estrellas, con esa serena majestad, que trae espontáneamente a los labios el verso del real Profeta: *Opera manuum tuarum annuntiat firmamentum*(7).

Las dos mujeres atravesaron diagonalmente la carretera, y comenzaron a trepar por la ladera del monte, siguiendo un estrecho sendero, que se abría paso entre un bosque de manzanos. La Duquesa se apoyaba en Pachica, y no obstante lo escabroso del camino, andaba ligeramente, sin muestra alguna de cansancio. Al doblar la punta del monte que mira al lado de tierra, Pachica se detuvo de repente, y extendiendo el brazo hacia las alturas de Talayamendi, dijo con voz sorda, a que prestaba el rencor sus notas más profundas:

-Echeko-andria... ¡Ara beltzak!...(8)

La Duquesa se arrimó instintivamente a Pachica, y mirando con terror hacia el paraje indicado, dijo sobresaltada:

-¡Vámonos!... ¡Vámonos pronto!

Distinguíase, en efecto, sobre el azul estrellado del cielo, el negro contorno de Talayamendi; y en su falda, o quizá en las verdes colinas que de un monte a otro se extienden, formando pintorescas ondulaciones, semejantes al oleaje de un mar de verdura, veíanse algunas hogueras, que relumbraban acá y allá entre los bosques de castaños y de robles, como ojos de animales fantásticos, dispuestos en emboscada. Eran las fogatas de la columna republicana, rechazada días antes por los carlistas desde las alturas de Talayamendi.

La Duquesa apresuró el paso, mirando a todos lados con terror, como si temiese ver asomar por detrás de cada árbol una avanzada republicana. Pachica la seguía, dando sordos gemidos, y apretando los puños, que levantaba en alto, como si la vista de aquellas fogatas despertase en su corazón el encono más profundo.

Un cuarto de hora después, una gran mole de piedra, que blanqueaba algo sobre la oscuridad del bosque que la rodeaba, les cortó el paso: era el caserío de Azcoeta. Pachica ayudó a la Duquesa a subir diez escalones de piedra, pegados al muro, y se encontraron entonces ante una puerta de madera, por cuyas rendijas se escapaban algunos reflejos de luz: la casera arañó suavemente la puerta, y la luz se apagó en el acto. Abriose entonces un postiguillo, y una voz de mujer dijo muy bajo:

-¿Beori alda, aina?... (9)

-Bay, ni naiz... Iriki zazu (10); contestó Pachica.

Oyose entonces descorrer cautelosamente un cerrojo, y quitar una tranca, y la puerta giró en silencio sobre sus goznes, dejando un boquerón negro, por donde se escapaba ese olor especial de los establos, y se oía el acompasado ruido propio de las vacas al rumiarse los alimentos. Las dos mujeres entraron a tientas en el caserío, y la puerta se volvió a cerrar como por encanto detrás de ellas, dejándolas sumergidas en la oscuridad más profunda. Aquellas precauciones que tomaba la casera por miedo a los espías republicanos, que inundaban toda la comarca, hacían a la pobre Duquesa temblar de miedo: agarrose con ambas manos a Pachica, y no la soltó hasta que la luz de un fósforo brilló de repente en manos de esta, dejando ver a otra mujer de unos treinta años, que le presentaba, para que lo encendiese, el candil de hierro que antes de abrir había apagado. Colgaban por todas partes aperos de labranza: cuatro vacas rumiaban en un rincón en sus camas de estiércol, separadas por tablones; una escalera de madera vieja y empinada, se veía en el fondo, y debajo de ella, asomando entre un montón de helechos, como crías de jilgueros por encima del nido, vio la Duquesa cuatro rubias cabecitas, cuyos brillantes ojitos se fijaban en ella, con esa admiración mezclada de espanto, que causa en los niños todo lo inesperado y misterioso.

-¡Los huérfanos! -dijo la Duquesa, deteniéndose ante ellos, y echándose a llorar.

-¡Los huérfanos! -repetió Pachica con voz entera, como la de una leona.

Eran aquellos niños hijos de Chomín, el primogénito de Pachica, y era su madre la mujer que había abierto la puerta.

Esta alumbró a su suegra y a la Duquesa, que subieron lentamente la desvencijada escalera, cuyos peldaños se cimbraban y crujían bajo el peso de sus pies. Encontráronse entonces en una especie de granero abuhardillado, lleno en su mayor parte de heno y de helechos. Pachica comenzó a separar con sus nervudos brazos los montones de gavillas que en el rincón más oculto se apilaban hasta las vigas, y apareció detrás una pequeña puerta.

La Duquesa se adelantó hacia ella, temblando como una azogada... Mas ya no temblaba de miedo: temblaba como tiembla la compasión al presentir una desgracia; como tiembla la caridad al enjugar una lágrima.

Pachica abrió al fin la puerta, y un cuadro extraño a la vez que terrible apareció a la vista. Sobre un jergón de pajas cubierto con una manta, yacía inmóvil un hombre, cuyas facciones tenían la corrección y la palidez marmórea del Apolo de Belveder: una casaca manchada de sangre, con galones de coronel y la cifra de Carlos VII en los botones y el cuello, cubría sus pies, como abrigándolos; y arrodillada ante estos, apoyándose con una mano en el triste lecho, y fijos los ojos en la puerta con ansiedad infinita, había una

mujer casi niña, bella y elegante aun en medio del desorden de su traje, con esa distinción inimitable que imprime en la persona el rango del individuo.

La Duquesa llegó hasta el dintel de la puerta, y sin poder articular una palabra, extendió los brazos hacia dentro... La joven lanzó un grito, semejante al del náufrago que se ase a una tabla, y se arrojó en ellos exclamando:

-¡Tía!... ¡Tía Clara!... ¡Tía de mi alma!

III

Un rum rum misterioso circulaba aquella noche por la tertulia íntima de la Condesa. Había nacido el rumor en las mesas de tresillo, pasado luego al círculo de señoras mayores, y prendido al fin algunos chispazos en el de las señoritas, que, hechas todas oídos, se aprestaban a ponerse pálidas o coloradas, según el caso lo requiriese. Mezclábanse en aquel rumor misterioso los nombres de Diego de Quiñones y su esposa Pilar Trelles, sobrinos de la Duquesa, y varias voces habían preguntado ya con cierto retintín malicioso, por qué no acudía esta a su partida de tresillo, hacia más de cuatro noches.

Los chismosos más hábiles en el arte de averiguar vidas ajenas descubrían ya, en el horizonte de la maledicencia, algo gordo, que viniese a distraer sus ocios de verano, y a suplir en parte la falta del baile, suprimido en aquellos mismos días por exigencias de un fraile impertinente... Y vaya usted a ver la razón que alegaba el bueno del fraile: que los ecos de la orquesta se confundían con el tiroteo de carlistas y republicanos, que a dos leguas de allí se batían y se mataban porque les daba su realísima o su republicanísima gana.

De repente apareció en medio del salón, como llovido del cielo, el Marquesito del Pimpollo, dejando escapar en las más agudas notas de su voz de tiple, esta mágica palabra:

-¡¡Noticia!!...

Y maravillado del efecto que en la concurrencia causaba su exordio, quedose inmóvil en medio del salón, con la sonrisa en los labios, el cuello graciosamente arqueado, saliente una nuez, digna de competir con las mollaras de Ronda, levantado un dedo como quien impone silencio, y jugueteando los de la otra mano en la solapa de su levita, que ostentaba en el ojal un odorífero nardo.

-¡Noticia!... ¡Noticia!... -repitieron por todas partes: y la ociosa actividad de aquellos ilustres señores se paralizó por un momento, esperando algo de aquello que se aprestaban a discutir en la asamblea siempre deliberante de sus lenguas murmuradoras. Cesaron las conversaciones, suspendiéronse las risas, los murmullos se apagaron, el tresillo sufrió un paréntesis, capaz de comprometer el alza de sus fondos, y hasta Chilín, el perrito americano de la Condesa, dejó las faldas de su dueña, para correr al encuentro de aquel Mercurio, mensajero de secretas nuevas, levantando la patita con todo el aire de una pregunta.

Duró un momento el silencio de la expectación, y desbordose ruidoso el torrente de la curiosidad. Cincuenta bocas distintas asestaron al Marquesito, cincuenta preguntas diversas, que, como otras tantas estocadas, evitó el interesantísimo joven, con los quites de sus perezosos ojos, y las oscilaciones negativas de su perfumada cabeza.

-¿Pero qué es ello? -instó la Condesa, con esa diplomacia femenina, que jamás ataca de frente. ¿Se ha suspendido la gira de la Marquesa?

La sonrisa de Pimpollo se dilató, hasta convertirse en capullo, y contestó a la señora, enviándole una mirada asesina.

-No, Condesa... El jueves, si el tiempo no lo impide, rabiarán de envidia las Náyades del Urola, al verla surcar a usted sus ondas camino de Oiquina.

-¿Han entrado los Carlistas en Tolosa? -preguntó el Conde, atacando a su vez, sin dar tampoco la cara.

Pimpollo giró sobre los talones, y sombreando su sonrisa de capullo con la gravedad de sus veinte años, y la importancia de su cargo de attaché diplomatique, que hacía tres meses campeaba en sus tarjetas, contestó con la seriedad de Talleyrand y el aplomo de Metternich.

-Ni han entrado los carlistas en Tolosa, ni entrarán en ninguna parte, querido Conde... Necesitan organizar su cuerpo diplomático... Se lo dije a Valdespina y no me hizo caso.

Algunas risitas burlonas comenzaron a oírse por los rincones, y el diplomático en agraz, añadió desafiándolas:

-Cánovas y yo opinamos en esto lo mismo.

Las risitas marcaron un rapidísimo crescendo, que hubiera ascendido a carcajada estrepitosa, si el Marquesito no hubiese reanudado su discurso diciendo:

-La noticia en cuestión no pertenece a la política, ni pertenece tampoco a la crónica sencilla de los reporters veraniegos... Pertenece a la crónica escandalosa.

-¿A la crónica escandalosa?... ¡Jesús!... Y las honestas matronas, y las púdicas doncellas, se taparon las orejas y arrimaron las cabezas, estrechando el círculo en torno del diplomático, con un zumbido semejante al aleteo de un enjambre de murciélagos-vampiros, que se aprestasen a chupar la sangre de una víctima.

El Pimpollo coronado miró a todas partes sin dejar de sonreír, y, extendiendo una mano, dijo dramáticamente:

-¡¡Se trata de un rapto!!...

¡Ah!... ¡Con cuánto gusto estamparíamos aquí que a esta escandalosa palabra, cien voces se levantaron a un tiempo y cien manos señalaron la puerta de la calle, al necio botarate que deshonoraba aquella casa pronunciándola!... No sucedió así, sin embargo: dos solas preguntas se dejaron oír, pronunciadas en tonos diversos.

-¿Quién es el Paris? -preguntaron todas las Elenas, con la nerviosa avidez de la curiosidad próxima a verse satisfecha.

-¿Quién es la Elena? -dijeron todos los Paris, con el tono socarrón del que pregunta lo que ya sabe o a lo menos sospecha.

-La Elena -prosiguió el Marquesito lentamente, como quien plantea los términos de una ecuación-, es una conocidísima dama, ornato de la alta sociedad madrileña... El Paris es cierto Conde prusiano, que harto de cazar jabalíes en los bosques de Lituania, ha venido a buscar aventuras en el campo carlista... La Elena ha desaparecido de Biarritz, dejando a sus hijos con el aya, y a su Menelao, que no es rey de Esparta, sino coronel de D. Carlos, batiéndose a dos pasos de aquí, en las montañas de Guipúzcoa...

La mecha estaba aplicada, y la mina reventó en el acto... ¡A la maligna insinuación de aquel botarate, cuya petulancia excitaba un momento antes la risa de todos los presentes, un nombre ilustre, el nombre de Pilar Trelles, hasta entonces puro y honrado, brotó de todos los labios, entre exclamaciones de asombro, de burla, de desdén, de triunfo; sin que a nadie se le ocurriese poner en duda la verdad del hecho, sin que nadie parase mientes en la ruin persona que lo aseguraba!... Porque tiene el mal, en nuestros tiempos, una persuasión tan irresistible, que al referir el embustero vicios inventados, alcanza mayor crédito que al narrar el veraz virtudes ciertas. ¡Triste consecuencia de esa tergiversación del sentido moral, que encanalla el corazón, entontece el entendimiento, y embota esa preciosa cualidad que llaman sentido común, y debieran de llamar sentido

raro!... Porque, habituada nuestra pervertida sociedad a la atmósfera del escándalo, encuentra verosímiles en cada individuo las aberraciones y maldades de que ella en conjunto se siente culpable, y las acoge, y las propaga, y las comenta, con la rabiosa envidia de la barrendera asquerosa, que arroja lodo sobre la dama vestida de terciopelo, por gozarse en verla a su nivel, manchada en el fango en que ella misma se revuelca... ¡Hasta tal punto degrada al maldiciente ese vicio, nunca bastante anatematizado, gangrena hasta de almas piadosas, que tan horribilmente ha de castigar aquel Dios que, con ser paz y misericordia, juzga reo del fuego eterno al hombre que llamare a su hermano Raca, necio!...

Tan sólo un viejo, cuyo gran bigote blanco le daba el aspecto de un veterano, se levantó de un salto al oír el grito de los maldicientes, y se acercó al grupo, exclamando:

-¡Falso!... ¡falsísimo!...

Contúvose, sin embargo, como temeroso de dar un escándalo, y haciendo sobre sí mismo un esfuerzo sobrehumano, se quedó inmóvil escuchando. Su voz no había sido oída: habíanla ahogado otras cien voces, que pedían a gritos datos y pormenores del suceso, con esa especie de embriaguez de envidia y de malicia, con que pide el maldiciente pasto para su lengua, a la manera que los antiguos romanos, con otra embriaguez quizá menos culpable, pedían en el circo. ¡Cristianos para las fieras!... -¡Señores; relata refero! -dijo al fin el Marquesito, atribuyendo a sus cualidades de orador el efecto que causaban sus palabras... Consta que hace cinco días tuvo la Elena, en su casa de Biarritz, una larga conferencia con el presunto Paris prusiano, recién llegado del campo carlista... Consta que la Elena se despidió aquella misma tarde de sus dos niños y del aya Miss Black, diciendo que marchaba en el exprés para París, a donde la llamaba un asunto de grandísima urgencia. Estaba conmovida, llorosa y... -¡noten ustedes!- no permitió que nadie la acompañase a la estación.

Consta que, no bien hubo abandonado la Elena su reino de Esparta, entró Miss Black en el tocador, encontrándose allí de cuerpo presente sobre la mesa un precioso cabás de piel de Rusia, en que ella misma había visto poner a la señora el dinero necesario para el viaje... La buena Miss atribuye esto a olvido, y, esperando llegar a la estación antes de la salida del tren, echa a correr con el cabás para entregarlo a la señora... ¡Vano intento!... Elena ha salido de Esparta, pero no ha llegado a la estación. Miss Black busca, pregunta, indaga, y la señora no parece. Llega el tren, vuelve a salir, y Miss Black lo ve marchar con la boca abierta y el cabás en la mano, sin que la señora haya parecido... Vuelve a casa creyendo encontrar allí a la Elena, desesperada por haber perdido el tren, a causa del olvido del dinero... Pero ni la Elena estaba en casa, ni Miss Black ha vuelto a tener noticias suyas... Cunde la nueva, corre la alarma, pónese en conmoción todo Biarritz, y tira al fin el diablo de la manta... La cándida Elena había equivocado sin duda el tren, y en vez de marcharse a París se había ido a San Juan de Luz, hospedándose en el Hotel-Marsán, donde casualmente había llegado horas antes el Paris prusiano... La noche estaba serena, ella es espiritual, él excéntrico, y juntos salieron en coche para Socoa, donde se embarcaron... Unos dicen que fueron a pescar con linternas... Otros que hicieron rumbo a Berlín, para impetrar del gran Canciller el apoyo de Alemania, en favor de su señor Rey D. Carlos VII... Éstas son, señores míos, las peripecias del drama: a ustedes toca ahora sacar las consecuencias, y atar todos los cabos...

Y atusándose el Marquesito su incipiente bigote, puso por contera de su speech, un he dicho, en falsete, y dejó libre a su auditorio para que, atando cada cual el cabo que creyese más oportuno, torciesen entre todos el dogal que había de estrangular la honra de aquella señora, cuya única culpa consistía -¡entendedlo bien, pobres mujeres!- en la

desdichada honra de haber traspasado con su elegancia y su belleza, esa peligrosa línea en que acaba la admiración, para dar lugar a la envidia...

IV

Mientras el Marquesito hablaba, el viejo del bigote blanco se mordía las uñas, daba vueltas sobre un pie como si tuviera en el cuerpo una legión de diablos, y no se tiraba de los pelos porque era calvo.

Otro viejo de fisonomía vulgar y traje ramplón, hallábase a corta distancia, sentado en una de esas sillas de tijera que llaman de fumar, aunque nunca hayan oído el humo de un triste cigarro. Escuchaba éste la conversación como quien oye llover, sin que se pudiese adivinar por su impassible rostro de besugo, si pertenecía a esos seres egoístas, que ven estallar una bomba sin inmutarse, con tal de que no les alcance ningún casco, o a esos otros pusilánimes, que por su posición subalterna o su cobarde poquedad de ánimo, jamás salen a la defensa de un amigo, contra un enemigo poderoso. Era el administrador del Duque.

A este hombre se acercó en dos saltos el del bigote blanco, como poseído de una idea repentina, y agarrándolo por un brazo, comenzó a hablarle en voz baja. Púsose el otro de pie con gran pachorra, y empujándole el del bigote hasta la puerta, le hizo salir diciendo:

-Vaya V. y vuelva pronto, D. Matías; y entere bien a la Duquesa... que yo me encargo de entretener a estas víboras.

Mientras tanto el Marquesito había terminado su relación, y al volverse, haciendo una pirueta para contestar a una dama, que, más escandalizada que las otras, le hacía nuevas preguntas, encontrose frente a frente con el del bigote blanco. Éste le dio una amistosa palmadita en el hombro, y sentándose en un puff que allí cerca había, cruzó una pierna sobre otra, y dijo con grande calma:

-Pues yo le digo a V., Marqués queridísimo, que todo lo que acaba de contar es un tejido de absurdos.

Un murmullo de desaprobación acogió aquellas palabras pronunciadas con voz estentórea; y sorprendido el Marquesito, como el ratón que al salir repleto de la despensa se tropieza con un gato, contestó:

-¿Absurdos, mi general?... En ese caso le diré lo de Boileau. -Rien moins vrai, que la vérité...(11)

El General no se detuvo a contestar, que nunca Boileau había dicho semejante cosa, y prosiguió impertérrito:

-Dígame V., si no, quién lo ha dicho.

-Todo San Sebastián lo decía anoche.

-¿Y por dónde hablaba San Sebastián?... ¿Por las bocas de sus cañones, o por la farola del puerto?...

-No, señor: por las veinticinco mil lenguas que tienen sus habitantes, si no miente la estadística.

-¿Y de cuál de esas lenguas lo escuchó V.?

-Casanova lo contó en pleno casino.

-¿Y quién lo contó a Casanova?

-En casa de Tablagorda no se hablaba de otra cosa.

¿Y quién llevó la noticia a casa de Tablagorda?

-¿Y yo qué sé? -replicó el Pimpollo, comenzando a erizar sus espinas. De lengua en lengua ha corrido la noticia.

-Pues ahí le esperaba yo a V., amiguito... Luego se trata de un dicho, y no de un hecho, puesto que a nadie puede V. presentarme que haya visto al prusiano y a la Quiñones, embarcándose en Socoa, o pescando en alta mar con linternas, o en conversación tirada con el gran Canciller de Alemania, como con tanta agudeza aseguraba usted hace poco... Y contra ese dicho, que no tiene el fundamento de un hecho probado, tengo yo otro hecho que a todos nos consta.

-¿Cuál?

-La reconocida virtud y la vida intachable de Pilar de Trelles.

El Marquesito se sonrió compasivamente de la candidez fósil de aquel Nestor, capaz de creer en Lucrecia, y de negar el robo de las Sabinas, y contestó en ademán de volverle la espalda:

-General... ¡vox populi, vox cSli!... No recorre un dicho tantos centenares de lenguas, sin reconocer por origen un hecho positivo.

El General se puso en pie de un golpe, como si tuviese en las rodillas muelles de acero, y poniendo una mano en el hombro del Marquesito, como le echa el gato la zarpa al ratón que se le escapa, le dijo:

-Pues yo le pruebo a V. que la anécdota más insignificante no pasa por una docena de lenguas, sin quedar completamente falsificada.

-Difícil le será a V. probar eso.

-De manera sencillísima... Es un juego muy divertido... Condesa, ¿quiere V. que lo pongamos?...

Otro murmullo de desaprobación agitó a la concurrencia, y varias voces burlonas murmuraron por lo bajo. -¡Ay! el General nos va a enseñar el juego de Pipirigaña.

-No; es el de los Pollitos. -Quizá sea el de la Gallinita ciega. -Se equivocan ustedes; es el juego del escondite... Al General se lo han enseñado los carlistas. -No sea usted malicioso... Si el pobre se esconde, es porque el olor de la pólvora le produce histéricos. ¡Por eso ha empuñado el lanzón de Don Quijote, que es arma blanca, y se mete a desfacedor de agravios!...

La Condesa por su parte había seguido el diálogo con cierta inquietud: veía al Marquesito en peligro de que el General le cortase las orejas a poco que se descuidase, y veía también la responsabilidad que a ella le tocaba, por haber tolerado en su casa aquel escándalo, tan ofensivo para la familia de los Duques, cuya amistad le convenía.

Acordose, pues, de Alcibíades cortando la cola a su perro para impedir a los atenienses hablar de cosas más serias, y aunque nunca pensó en sacrificar el rabo de su Chilín a la honra de sus amigos, aprovechó la ocasión de sustituirlo al efecto, con el juego que el veterano proponía. Levantose, pues, muy satisfecha, y dijo alegremente:

-¡Sí, sí, General!... Pónganos V. ese juego... Así como así, nos aburrimos sin poder bailar.

-Es un juego muy divertido -replicó el General-; y sobre todo, muy filosófico y de grande enseñanza para los noticieros de buena fe... Porque, crea V., Condesa, que la mentira es como la moneda falsa: los malvados la acuñan, y los hombres de bien la hacen circular.

Y con un entusiasmo digno de sus mejores años, comenzó el buen viejo a disponer el juego, ayudado por la Condesa, mientras decía:

-El juego es antiguo, pero instructivo... Lo aprendí en París, el año 46, de la buena reina Amalia... Ella misma lo puso en las Tullerías, una noche que cierta dama de la corte contó en la tertulia íntima de la familia real, una historia muy semejante a la que Pimpollo nos ha referido(12).

Sentáronse mientras tanto todos los presentes, formando un semicírculo, excepto el Marquesito, que se quedó en medio, pretextando en voz alta que, dirigiéndose a él la

lección, debía de reservarse para público del espectáculo, y diciendo en voz baja que aquel entretenimiento contemporáneo de la Cachucha y el Tripili, era cursi, rococó, e indigno de un hombre serio, que aconsejaba a Valdespina y era consultado por Cánovas. El General escribió entonces en una cuartilla de papel una pequeña historia, que leyó en voz baja al oído de la primera persona que formaba punta en uno de los extremos del semicírculo, guardando después el papel cuidadosamente en el bolsillo. Este primer confidente de la historia debía a su vez de referirla a su vecino, también en voz baja, y así sucesivamente, ir corriendo en secreto de boca en boca hasta llegar al otro extremo del semicírculo. El último la refería al fin en voz alta, y leyendo entonces el original escrito, se podían apreciar y confrontar las variaciones que la narración había sufrido en el trayecto.

La historia del General comenzó a correr de boca en boca, entre risitas, burlas y pullas más o menos directas, hasta llegar a la Condesa, que se había sentado la última. Ésta la escuchó sonriendo, y exclamó al fin, con un gesto de cómico espanto:

-¡Qué horror!... ¡Si eso recuerda las Noches lúgubres, y las historias de los vampiros!...

-Diga V., Condesa, diga V. lo que le hayan contado -exclamó el general lleno de entusiasmo, sacando del bolsillo el papel en que había escrito la historia.

-Pero si es horrible... aunque felizmente falso -replicaba la Condesa, riendo a carcajadas. Yo declino la responsabilidad de la calumnia, en Cecilia que me la ha contado, y, como decía hace poco Pimpollo, relata refero... Me han dicho que el Marqués del Pimpollo y el general Urbano, se batieron por casarse con una inglesa... Que un cura medió en el asunto, y escribió un protocolo de satisfacciones sin poder avenirlos... Que el duelo fue a cañonazos, y el General quedó muerto... El Marqués acompañó el cadáver al Campo-santo, y se casó con la inglesa, celebrando la comida de boda en el mismo cementerio...

Mil risas y exclamaciones de protesta y de asentimiento, de admiración y de burla, estallaron por todas partes, mientras el General, agitando su papel, decía a gritos:

-Oigan, oigan ustedes el original de la historia, y juzguen lo que es correr una noticia de lengua en lengua... He aquí lo que yo he escrito:

«Un diplomático y un militar, disputaban a la puerta de una Iglesia, en que se celebraban un casamiento y un entierro... El diplomático decía que basta un protocolo para afirmar la paz entre dos potencias: el militar aseguraba que sólo los cañonazos, disparados a tiempo, afirman la paz para siempre. Al ruido de la disputa, salió el cura diciendo: -El militar tiene razón; esas dos potencias -dijo, señalando a los novios-, acaban de firmar la paz; y aquel protocolo -añadió indicando a la suegra-, no tardará en ponerlos en discordia. En cambio -prosiguió, mostrando al muerto-, ese pobre hombre estaba en perpetua guerra, y el cañón de la muerte, cargado de calenturas, le ha dado la paz eterna.

»Apretáronse las manos el diplomático y el militar, y se fueron acompañando al muerto hasta el Campo-santo, para celebrar luego la comida de boda, en compañía de los novios».

Una carcajada general estalló al terminar el veterano la lectura de su historia, y oyéronse por todas partes frases de duda y negaciones rotundas.

-¡Pero eso no puede ser! -exclamaba la Condesa.

-Pues nada hay más cierto -replicó triunfante el General, entregándole el papel que comenzó a circular de mano en mano.

-¡Ya me lo temía yo! -decía, yendo de un lado a otro como gozándose en su triunfo...

Bastaba que en la historia figurasen un militar y un diplomático, para que a Pimpollo y a mí nos colgasen el mochuelo... La disputa ha ascendido a desafío; por la palabra iglesia,

entendieron inglesa, y de equivocación en equivocación, y de malicia en malicia, han venido a darme a mí por muerto y al Marqués por casado...

-¿Qué tal amiguito? -añadió, deteniéndose ante Pimpollo, que con los brazos cruzados oía, veía y callaba con un desdén olímpico. ¿He probado mi tesis, o es cierto que ha celebrado V. su comida de boda, al lado de mi sepulcro?...

Los circunstantes se dispersaron por el salón, riéndose del Marquesito y del General, de su juego y de su historia, y poco a poco la conversación volvió a recaer en todos los grupos, sobre la escandalosa aventura que a Pilar de Trelles se imputaba. Porque, en una sociedad en que a cada paso se tropieza con un escándalo o una calumnia, como en ciertos países desdichados, se encuentra en cada mata un alacrán o una víbora, la lengua tiende a la murmuración, como tiende por su propia naturaleza el radio al centro, el río al mar, la aguja imanada al polo.

El General por su parte había logrado su objeto, que era dar tiempo a la Duquesa para que, enterada de todo por su administrador, se presentase en la tertulia antes de que se desbandase la concurrencia, y deshiciese la calumnia con las pruebas fehacientes que ella sola tenía. De repente el veterano lanzó una exclamación de triunfo, frotándose las manos, como quien se prepara a aplaudir.

La Duquesa había aparecido en la puerta, y con la sonrisa en los labios, alta la cabeza, y saludando a todas partes, cruzaba el salón con su majestuoso paso de reina. A su vista todas las conversaciones se suspendieron, y un silencio sepulcral, muy semejante al que produce el miedo, reino por todas partes. La Duquesa, sin dejar de sonreír, decía para sus adentros:

-¡Ah bribones... y qué a tiempo llego!

Aquellos ladrones de honra habíanse quedado yertos, al verse cogidos con el hurto en las manos... Que no tiene el maldiciente el valor del ladrón de encrucijadas: es cobarde, como el ratero de callejuelas, que sólo roba o hiere a traición y por la espalda.

V

La Condesa se levantó de un salto, como si le hubiese pinchado una aguja clavada en la silla, y salió al encuentro de la nueva tertuliana, diciendo cariñosamente:

-¡Gracias a Dios que pareció la perdida!... Si hubiera periódicos en este poblachón, te hubiésemos anunciado en la sección de pérdidas...

Y cogiendo ambas manos a la Duquesa, le dio un beso tan sonoro y tan traidor como el de Judas Iscariote.

-Pues ya me tienes aquí, sin necesidad de que pagues el hallazgo -replicó la Duquesa. Y en vez de sacarle los ojos, le devolvió su beso con igual cariño.

-¿Pero dónde has estado metida cinco días con cinco noches?...

La Duquesa entornó los párpados, ladeó la cabeza, y apoyando la barba en el extremo del abanico, dijo con misteriosa sonrisa:

-¡Hija mía... altos negocios de estado!...

-¡Ah, pícara carlista! -gritó la otra. ¡Tú conspiras de firme!...

-¡Calla y no me denuncies!... que el General va a prenderme -replicó la Duquesa, enviando a éste con el abanico un amistoso saludo.

Y cambiando acá y allá esas delicadas frases con que las veteranas del gran mundo lo dicen todo, lo disimulan todo, o hablan mucho sin decir nada, se acercó la Duquesa a las mesas de tresillo, y ocupó en ella su sitio de siempre.

-¿Qué tal ha administrado V. mis intereses durante mi ausencia, D. Lorenzo? -preguntó al sentarse a un caballero gordo y peludo que jugaba gravemente.

-Estamos en alza, Duquesa -replicó D. Lorenzo, presentándole los naipes. Si es cierto que V. conspira, ya podremos hacer a los carlistas un empréstito... al diez por ciento.

-¿Al diez por ciento? -¡Jesús!... Ni que fuera V. Samuel Leví, el tesorero del rey D. Pedro... En tal caso les haríamos un donativo. ¿No es verdad, General?...

-Haré la vista gorda, Duquesa -contestó el veterano. Lo sabré como caballero, y lo ignoraré como rey; que dijo el gran Carlos V.

-¡Cuidado, General, que le cojo a V. la palabra! -replicó la Duquesa, ordenando sus naipes.

Y sin tomar más parte en la conversación, pareció atender exclusivamente al juego, con grande impaciencia del General, que, menos astuto que la dama, no comprendía su táctica. Seguía ella el prudente dicho de Bacon, no alas, sino plomo, y para dar mayor vigor a la defensa, esperaba el ataque, que no tardó mucho en presentarse. Una señora, seca y tiesa como una escoba, se había encargado de ello: dio un codazo a su vecina, como quien dice -¡allá voy!- y aprovechando un momento de silencio para hacer más cruel la puñalada, dijo con voz melosa, echándose lánguidamente fresco con el abanico.

-Duquesa... ¿Tienes noticias de Pilarito?

Media hora hacía que esperaba la Duquesa el golpe, y sin embargo, una ficha de marfil se rompió entre sus dedos al recibirlo, y un relámpago de ira brilló un momento en sus ojos. ¡Tanto veneno traía entre sus sencillas palabras, aquella melosa pregunta!...

Volviose en el acto con los naipes en la mano, y miró cara a cara a la turba que, cuchicheando irónicamente, esperaba su respuesta.

-¿Cómo quieres que esté la pobre? -contestó al fin, con esa expresión triste y grave que infunde siempre un recuerdo doloroso... Sin separarse un momento de la cabecera de Dieguito... Anoche, por primera vez en tres días, pude hacerla dormir dos horas...

Abriéronse todas las bocas, y enarcáronse todas las cejas al oír aquella salida inesperada, y la dama que había hablado, preguntó llena de estupor:

-¿Pero está Pilar en tu casa?...

La Duquesa pareció reflexionar un momento, y contestó al fin con firmeza:

-¡Sí!... Hace cinco días que la tengo allí escondida con su marido.

Y dirigiéndose a la Condesa, que participaba del general asombro, añadió con triste sonrisa:

-Estos son los altos secretos de Estado, que te explicarán mi ausencia.

La curiosidad, esa terrible picazón del entendimiento, se apoderó de tal manera del auditorio, que hubiérase podido oír el aleteo de un mosquito. Nadie estaba dispuesto a creer a la Duquesa, porque iba a defender a un ausente y a combatir una calumnia: pero esperaban mucho de su habilidad y su talento, e inspiraba lo que iba a decir el interés que inspira en día de crisis el discurso del ministro encargado de hacer frente a las interpelaciones peligrosas que amenazan al gabinete. Harto conocía por su parte la Duquesa el terreno que pisaba: arrose, pues, de la astucia de la serpiente, porque era hábil, y sin abandonar la sencillez de la paloma, porque era piadosa, refirió con esa ingenua sencillez que brilla siempre en la verdad, como un reflejo del cielo, la siguiente historia, en que con maestría consumada iba midiendo las palabras y calculando los efectos.

Al frente de su batallón había rechazado Diego de Quiñones las tropas republicanas que ocupaban las alturas de Talayamendi. Diego se batía como un león, rugiendo con esos gritos sobrenaturales, superiores al aparato eufónico del hombre, que arranca el combate a la ira, al furor, a la venganza, al espanto, al vértigo que causa la sangre que corre y la pólvora que humea... Incautamente se alejó de los suyos, internándose hacia el caserío de Azcoeta, en la parte del monte comprendida todavía en la zona republicana. De repente se encontró rodeado de enemigos, sólo con Chomín, su hermano de leche, el

hijo de Pachica, que era también su asistente. Un barranco se abrió a sus espaldas, y hacia allí se replegaron ambos, dejándose caer de improviso hasta el fondo, y ocultándose entre las espesas matas que lo cubrían. Desorientados los enemigos, comenzaron a retirarse, y Diego se levantó entonces ileso: Chomín tenía rota la pierna izquierda. El coronel no vaciló un instante: cargose a la espalda al asistente, y comenzó a correr ocultándose tras árboles y matas, en dirección del caserío de Azcoeta, que a un cuarto de hora escaso se ocultaba en el bosque. Una descarga sonó de repente al otro lado del barranco, y ambos rodaron por el suelo; muerto el asistente, sin sentido el coronel, con un balazo en el pecho.

Cuando Diego volvió en sí, encontróse en el caserío de Azcoeta, a donde algunos de los suyos le habían conducido. A su lado estaba Pachica, su nodriza, que sin derramar una lágrima le curaba la herida. Las primeras palabras de Diego fueron para saber de Chomín. -¡Junac-jun... Diegochu!(13) le contestó Pachica con entereza. Y jamás volvió a hablarle de su hijo.

La noticia de la herida de Diego llegó en efecto a Pilar de Trelles, por el conde prusiano, que se hallaba en Biarritz para asuntos de la guerra. El amor a su marido infundió entonces en aquella mujer, débil y casi niña, alientos para llevar a cabo una resolución heroica: porque el cauterio del dolor comunica a veces un temple de acero, a ciertas almas que parecían enervadas por la prosperidad y las delicias. Sin confiar a nadie su intento, por miedo a los espías, embarcose aquella misma noche en Socoa, en un lanchón de pescadores: acompañábala tan sólo el hijo menor de Pachica, que ella tenía a su servicio, y corriendo graves riesgos, llegaron milagrosamente al caserío de Azcoeta. La herida de Diego no era grave; mas su mujer lo encontró moribundo. Habíase obstinado en no dar aviso a nadie de su estado, temeroso de que alguna imprudencia revelase a los enemigos su asilo; y sin más socorros que los escasos, que Pachica podía prestarle, hallábase ya en grave peligro de muerte. Por orden de Pilar avisó Pachica aquella misma noche a la Duquesa, y ya hemos visto cómo la noble señora acudió a su llamamiento, llevándole la más estimada de sus joyas: el rosario de la Duquesa Santa, que ella misma colgó al cuello del herido, con esa piadosa fe, consuelo siempre del que sufre, y remedio tantas veces de su desgracia.

Sin perder un momento refirió la Duquesa a su marido la desgracia que ocurría. El buen señor se quedó anonadado: comenzó a llorar como un chico, y a duras penas pudo disuadirle su esposa de tomar en el acto el camino de Azcoeta, para echarle una peluca al ingrato sobrino, que después de haber muerto para él al ponerse la boina, se obstinaba en morir de nuevo sin pedirle antes permiso. La Duquesa avisó al General Urbano, y por mediación suya obtuvo del Brigadier, jefe de la columna, la traslación del herido a su propio palacio: hízose esta con el mayor sigilo, por no estar en las atribuciones del Brigadier el dejar de considerar a Diego, una vez descubierto, como prisionero de guerra. Entonces escribió el Duque al General en jefe, y aquella misma mañana había recibido una cariñosa carta de éste, autorizando a Diego para disfrutar de la libertad más absoluta, con lo cual cesaba todo peligro, y se hacían inútiles todos los misterios.

En cuatro palabras refirió la Duquesa todos estos hechos, con esa concisa elocuencia que, sin haber leído a Tácito ni a Plutarco, tienen las mujeres en circunstancias apuradas. Con la maestría de un orador parlamentario, puso en primer término aquellos hechos más de bulto, que podían destruir mejor la calumnia levantada; y su voz, siempre insinuante, supo tomar tal tinte de ternura, al describir el valor de Diego, el heroísmo de Pilar, y el infortunio de los nietos de Pachica, que algunos de los presentes se sintieron conmovidos. Ella lo estaba en efecto, y sus grandes ojos negros, llenos de lágrimas, se paseaban por toda aquella concurrencia sin encono ni rencor, como si

creyese encontrar en todos aquellos corazones un eco fraternal de la emoción que el suyo sentía... Mas quiso la mala estrella de Pimpollo que, al terminar la Duquesa su relación, le divisaran sus ojos a dos pasos de ella, escuchando atentamente con incrédula sonrisa. La mujer se acordó de que era mujer, y no le fue posible resistir a la tentación de la venganza. La sombra de Fulvia, picando con un alfiler de oro la lengua del orador romano, debió de pasar en aquel momento ante su vista.

-Aquí está la carta del General en jefe -dijo, sacando una del bolsillo. Es digna de leerse, porque se acredita en ella de cumplido caballero.

Y enjugándose las lágrimas, o haciendo como que se las enjugaba, alargó con la mayor naturalidad la carta al Marquesito, diciendo:

-Hazme el favor de leérnosla, Pimpollo... Justamente trae para ti una postdata.

El Marquesito creyó reventar de satisfacción, al saber que el General en jefe se ocupaba de su persona, y poniéndose en el ojo derecho el lente de un solo vidrio, que en su última expedición había traído de Inglaterra, leyó solemnemente.

«Querido Duque: Jamás te perdonaré que no hayas tenido en mí la suficiente confianza, para escribirme desde luego la gloriosa desgracia de tu sobrino, y en penitencia te impongo la carga de escribirme cada dos días el estado en que se encuentre. Por telégrafo aviso al Brigadier Z***, que Diego es libre para ir a donde mejor le plazca, sin que nadie le moleste. El batirse con enemigos como tu sobrino, es una honra para el ejército, y puedes decirle de mi parte, que si D. Carlos le da, como merece, la Cruz de San Fernando, yo le enviaré de regalo la misma placa que llevo en el pecho. Ponme a los pies de Clara y de Pilar, y aprende a no desconfiar nunca de tu antiguo amigo, X***».

El Marquesito registró la carta por todos lados, y no encontrando postdata alguna, preguntó sorprendido a la Duquesa:

-¿Pero no decía V. que ponía para mí una postdata?...

-¿Pues no la ves, hombre? -replicó la dama, tomando la carta; y poniendo el dedo en el espacio en blanco que por debajo de la firma quedaba, acercó el papel a las narices de Pimpollo, y dijo a media voz, con una frescura sin igual en los fastos de la crueldad femenina:

-«El botarate difamador de tus sobrinos, no merece que le castigue la espada de un caballero... Clara puede encargarse de cortarle la puntita de la lengua, con sus tijeras de bordar...».

VI

¿Consiguió la verídica relación de la Duquesa destruir por completo la calumnia referida por el Marquesito?... Ni nosotros lo aseguramos, ni osará asegurarlo nadie que conozca cuán difícil es arrancar a la maledicencia la tajada de honra en que ha hincado ya el diente.

Es, sin embargo, cierto, que al terminar aquella noche la tertulia, una señora anciana se acercó a la Duquesa, y poniéndole en la mano dos monedas de oro, le suplicó, casi con lágrimas en los ojos, que las hiciese llegar en su nombre a los nietos de Pachica.

Es igualmente auténtico, que cierta viuda alegre, y cierta solterona triste sostenían entre los azules almohadones de la preciosa berlina que de la tertulia las conducía a casa, el siguiente diálogo:

-¿Pero has visto qué actriz tan consumada?...

-Cruces me estaba yo haciendo... Ni a Matilde Díez, ni a la Ristori le cede la palma.

-Por supuesto, que lo de la herida de Diego será filfa... filfa completa.

-No lo creo... La herida debe de ser cierta: Clara es lista y ata bien los cabos...
-¿Entonces?...
-Entonces, es menester estar ciega, para no ver de dónde ha salido la herida...
-¡Ah!... ¡Ya caigo!... ¡Algún desafío!
-¡Pues claro está!... Si eso se cae de su peso... Que Diego fue en persecución de los fugitivos, que los alcanzó en alguna parte, que hubo estocadas y... ¡tableau!...
-¡Eso es! ¡Sí, sí!... No puede ser otra cosa.
-Para mí como si lo viera... Y esa Clara, que es capaz de urdir un enredo en la punta de una aguja, se ha traído al matrimonio a su casa, y ha inventado toda esa historia...
-No faltarán inocentes que se la traguen.
-Lo que es yo, ya soy vieja... quiero decir: he visto mucho, y no comulgo con ruedas de molino.
-Pues mira que la fresca que le soltó a Pimpollo, fue de padre y señor mío.
-Quita allá, mujer; que me dio lástima el pobre muchacho... No sé cómo la Condesa permite en su casa semejantes groserías.
-En fin, querida, no va encontrando una de quién fiarse...
-Tienes razón, hija... Mañana mismo voy a escribir a Cauterets, para prevenir a mi hermana... Al fin, tiene hijas jóvenes, y bueno es que sepan estos ejemplos para que vivan precavidas.
-También yo voy a escribir a las de la Tijera, que han vuelto ya a Madrid, y les contaré ce por be toda la aventura.
La berlina se detuvo, y la viudita puso punto final, diciendo:
-Pero mire V. por dónde ha salido la Pilarito, con su cara de Filotea...
-A lo cual contestó la solterona, elevando los ojos al cielo, con un púdico suspiro:
-¡Ah bon Dicu de la France!...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo